

Álvaro Pombo

CARMEN LAFORET

Laforet, premio Nadal 1944. *Nada*, de Carmen Laforet, es la primera novela que leí desde mi incipiente conciencia narrativa. Debió ser durante el verano (minado de suspensos) de 1956. Acababa yo de cumplir diecisiete años. La primera persona que me habló de esta novela fue el malogrado José María Cagigal, fundador y primer director del INEF. En el colegio san José, de los jesuitas de Valladolid. En aquel tiempo empezaba yo a leer novelas y poesías asombrado (y no sólo, como durante la niñez, encandilado). Una época curiosa en que yo me sentía, a la vez, distanciado (como un posible narrador) y envuelto, como un personaje más en la novela. Yo era a la vez Andrea, hambrienta, y Román diciendo calmosamente de sí mismo: "...creo que he perdido el gusto por lo colosal. El tictac de mis relojes me despierta los sentidos más que el viento en los desfiladeros... Yo estoy cerrado." –Conciencia de la singularidad absoluta de un daño irreparable y fértil- en el origen de la conciencia nueva y poética. Yo también me sentí aquel verano cerrado y acabado y suicida, como Román, y como Andrea, lo suficientemente distanciado, a pesar de todo, para poder contarlo. Vivir para contarlo. De aquí que en el origen de mis grandes "influencias" de la juventud ponga yo siempre, junto a Rilke y *Crítica y meditación*, de Aranguren, que también leí aquel verano, esta primera novela de Carmen Laforet. He vuelto a releer *Nada* estos días para escribir este artículo. Renace el viejo entusiasmo. Y otra vez encima el poderoso y dulce mes de junio. Al ir leyendo descubro que he aprendido *Nada* de memoria: "Muy cerca, a mi espalda, enfrente de las callejuelas misteriosas que conducen al Borne, sobre mi corazón excitado, estaba el mar." Visité Barcelona, por primera vez, en 1975. Iba en busca de editor. Y recorrí entera, lo primero, la calle Aribau. Para el lector de novelas –y sobre todo para los lectores jóvenes- la relación entre el autor de un libro (la persona individual) y el libro mismo con sus personajes, es sumamente confusa. Aún hoy día, releendo *Nada* pienso que es realmente "Andrea" y no Carmen Laforet quien escribió este relato. La primera persona del narrador ocupa, como en 1956, toda la conciencia. Brilla ese mediodía de junio, todo a la vez, en mi terraza. Doy vueltas a mi propia novela que, en sus doscientos folios sucios, es como un gran presente opaco y ambiguo continuamente hecho y deshecho y pienso en la vida de Andrea y de su inventora, Carmen Laforet, como si fueran una misma cosa. No lo son, por supuesto. Como tampoco soy yo mis personajes. "Y sin embargo...", oigo decir a Román, "algunas veces creo que te pareces a mí, que me entiendes, que entiendes mi música, la música de esta casa..."